BERNARD LEWIS

# MAPA DEL MEDIO ORIENTE. GUÍA PARA PERPLEJOS

## SEGUNDA PARTE

TRADUCCIÓN DE AURELIO ASIAIN

### IV

EN EL NORTE, LA RETIRADA DEL MEDIO ORIENTE ANTE EUROPA parece haber sido permanente, y las tierras más allá de las fronteras turca y persa, aunque habitadas todavía por una abrumadora mayoría de musulmanes de lengua turca y persa, siguen estando incorporadas a un sistema político que tiene su capital en Europa. En el occidente, el proceso de expansión imperial fue detenido y revertido, y surgió una serie de estados completamente nuevos. El desarrollo, a fines del siglo XIX y principios del XX, de un nuevo sentido de identidad nacional, particularmente en los países que estaban bajo el gobierno o la influencia de Europa, no fue el elemento menos importante en su surgimiento.

En las sociedades tradicionales del Medio Oriente había tres niveles reconocidos de cohesión y fidelidad: la religión o, más precisamente, la comunidad religiosa; el Estado, que en la práctica solía ser un gobernante dinástico; y un tercer nivel, más bajo, dentro de la comunidad y por debajo del Estado, que podría llamarse local. Este grupo de lealtad local podría ser tribal, sectario, regional, social y hasta profesional; con frecuencia se definió por la coincidencia de más de uno de ellos. Existían países y naciones; tenían nombres y evocaban los sentimientos de un reino. Pero no eran vistos como identidades políticas definitorias o como alianzas políticas directivas. No despertaron la atención de los historiadores tradicionales, que preferían narrar las fortunas de los imperios, las dinastías y las ciudades. En el siglo XIX dos nuevos conceptos se introdujeron desde Europa: la idea de la identidad y la lealtad al país —es decir, el patriotismo— y al lenguaje y el supuesto origen étnico —es decir, el nacionalismo—. En el Medio Oriente, a diferencia de la Europa Occidental pero a semejanza de la Europa Central, las definiciones patriótica y nacionalista no coincidieron y con frecuencia chocaron. Ambas eran extrañas pero ambas tuvieron una enorme influencia.

La primera de estas ideas que alcanzó al Medio Oriente fue el patriotismo. El punto de llegada fue el imperio otomano, Estado dinástico cuya población multinacional y multidenominacional lo hizo en alguna medida no receptivo a las llamadas patrióticas al estilo francés o inglés. El patriotismo echó raíces firmes sólo luego de la primera guerra mundial, cuando un estado nación turco relativamente homogéneo surgió de las ruinas del imperio otomano. Las ideas patrióticas comenzaron a influir también en Egipto y algunos otros países pero, a fines del siglo XIX y a principios del XX las ideologías nacionalistas, originadas en la Europa Central y del Este, evocaron una respuesta mucho más poderosa entre las poblaciones mezcladas de los imperios viejos y nuevos.

La unificación de Alemania [a fines del siglo XIX] dio esperanza e inspiración a muchos en el Medio Oriente, que vieron en esos acontecimientos una manera de escapar de la división y la subyugación que sufrían. El primer Estado que aspiró al papel de Prusia o Sardinia fue el imperio otomano. Al principio, los líderes otomanos vieron este papel en términos islámicos —como la conducción y quizá, llegado el caso, la unificación del mundo islámico bajo el liderazgo del sultán califa otomano. Más abiertos a las ideas europeas, otros vieron el papel en términos turcos —como la liberación y la unificación de todas las poblaciones turcas bajo el liderazgo de los turcos de Turquía. Estas aspiraciones fueron conocidas, respectivamente, como panislamismo y panturquismo. Un movimiento panárabe paralelo obtuvo un apoyo considerable en las tierras árabes, sobre todo en los años 30 y 40. El paniranismo, interesado en un área y una población mucho más pequeñas, tuvo mucho menos influencia.

El panarabismo fue el más influyente de estos grandes movimientos étnicos y, durante algún tiempo, el que tuvo mejor fortuna. El movimiento turco fracasó completamente. La gran mayoría de las poblaciones turcas viven todavía bajo regímenes no turcos en Irán, Afganistán, China y, sobre todo, la Unión Soviética, y la República Turca sigue siendo el único segmento del mundo turco que goza de independencia soberana. En contraste, los árabes han logrado la independencia casi en todas partes, y los veinte estados miembros de la liga árabe dan prueba de esta victoria. Aunque la unión política se les ha escapado y ahora parece difícil, su independencia ha ayudado a crear y desarrollar el sentimiento de una comunidad cultural.

A diferencia de los turcos, los árabes se vieron privados de la unidad por factores internos más bien que externos. Uno de los más importantes fue el crecimiento de lealtades nacionales, y a fin de cuentas patrióticas, dentro de los estados separados en que se dividió el mundo árabe.

Con el tiempo, esos movimientos patrióticos y nacionalistas encontraron una nueva expresión ideológica para lo que fue previamente concebido y presentado como una batalla del Islam contra los infieles. Los pueblos del mundo islámico fueron adquiriendo nuevos pasados y, con ellos, un sentimiento nuevo y diferente de su propia identidad presente y sus propias aspiraciones futuras.

La recuperación que hicieron los pueblos del Medio Oriente de su historia antigua y, a la larga, de su identidad antigua se debió sobre todo a dos causas: la tenacidad de sus propias minorías no musulmanas y la curiosidad y la determinación de los extranjeros que llegaron de Europa. En los albores de la historia moderna, todo lo que la Europa cristiana sabía sobre el antiguo Medio Oriente era lo que estaba contenido en los escritos de dos pueblos, enérgicos en la antigüedad, que habían conservado lo mismo sus documentos que sus voces —los griegos y los judíos. Los musulmanes, que no leen ni a los clásicos ni la Biblia, fueron aún mal situados y ligados por lo poco que sabían en las versiones coránicas de las historias bíblicas.

Pero había entre ellos otra posible fuente de información, en comunidades religiosas tan antiguas y pertinaces como los judíos y con raíces que se remontan a la antigüedad más remota. Dos sobre todo preservaron tradiciones escritas que las conectaban con sus antepasados: los coptos cristianos de Egipto y los zoroastrianos, también conocidos como parsis, de Irán y la India. Estas comunidades proporcionaron las claves que en su momento hicieron a los estudiosos europeos capaces de descifrar los secretos del antiguo pasado del Medio Oriente. Uno de esos estudiosos fue un jesuita alemán llamado Atanasio Kircher, que murió en 1680 y fue el primer gran estudioso europeo en el campo de los estudios coptos. Estudió con sacerdotes coptos, aprendió a leer su antigua lengua, compiló gramáticas y diccionarios coptos y dio así el primer paso esencial que, generaciones más tarde, hizo posible el desciframiento de los jeroglíficos egipcios. Otro fue el filólogo francés Anquetil – Duperron, que hizo un viaje a la India, se sentó a los pies de los sacerdotes parsis, editó y tradujo algunas de las escrituras zoroastrianas y así, también, abrió el camino al desciframiento, en una fecha más tardía, de las antiguas inscripciones iranias.

En sus orígenes todo este desarrollo de lo que vino a ser conocido como egiptología, asiriología, iranología, y otras disciplinas paralelas del estudio del antiguo Medio Oriente, fue exclusiva y enteramente preocupación de los estudiosos europeos y, más tarde, norteamericanos. El descubrimiento, el cuidado, el desciframiento, la evaluación y la interpretación de esos documentos del pasado antiguo no fue ni obra ni empresa del Medio Oriente y durante un largo tiempo no tuvo ninguna influencia en los pueblos y las culturas del Medio Oriente islámico, que mantuvieron su anterior falta de interés en su propio pasado pagano. Para ellos la historia significativa comenzó con el advenimiento del Islam. Esa fue su verdadera historia, su propia historia, la historia que importaba. Lo que ocurrió antes fue una era de ignorancia, sin valor y sin nada que enseñar.

Una nueva fase y una nueva actitud de atención al pasado nacional —expresión que por vez primera adquirió ahora un significado en esas regiones— comenzó en Egipto y se difundió en fecha posterior en otros países del Medio Oriente. Había varias circunstancias que favorecían este cambio en Egipto. Uno es el carácter profundo de Egipto como país —la cuchilla verde del Nilo, que se abre en el Delta con el desierto a ambos lados—. Difícilmente puede haber otro país en el mundo cuya identidad y distintividad estén tan claramente fijadas por la geografía lo mismo que por la historia. Era más fácil desarrollar un sentimiento de identidad para los egipcios que para otros países en que las fronteras, tanto geográficas como étnicas, se confunden imperceptiblemente con las de sus vecinos. Egipto tenía además las que probablemente eran no sólo las más impresionantes huellas de antigüedad, sino también las más accesibles. En Irán, había que ir hasta Persépolis o hasta Behistun; en Turquía, hasta Bogazkoy; en Irak, hasta Nínive y otros lugares remotos, que con frecuencia suponían viajes difíciles y peligrosos, que sólo los orientalistas se sentían impulsados a emprender. En Egipto algunos de los más impresionantes monumentos de la antigüedad faraónica estaban a un tiro de piedra de los principales centros de población. Eran cosas que la gente podía ver, a las que desde luego habían visto toda la vida, y el nuevo mensaje del orgullo patriótico era por lo tanto mucho más fácil de comunicar.

Egipto fue además, durante mucho tiempo, el país más abierto del Medio Oriente, aparte de Turquía, a los contactos europeos y por lo tanto a la influencia europea, intelectual lo mismo que política y comercial. Otro factor de cierta importancia es que en el siglo XIX Egipto estaba gobernado por una dinastía nominalmente vasalla con ambiciones separatistas y, por lo tanto, con un interés definido en alentar la noción de una identidad egipcia independiente dentro del imperio otomano del que Egipto era entonces una provincia. En 1868 Shaykh Rifa'a Rafi' al – Tahtawi, investigador egipcio que había pasado algunos años en Francia, publicó un libro sobre la historia de Egipto desde los comienzos hasta la conquista árabe. Ello quiere decir que su historia terminaba donde, siempre, había comenzado la historiografía árabe en Egipto: cubría la prehistoria del país, hasta entonces desconocida. Fue un libro que hizo época, no sólo en el desarrollo de la historiografía egipcia sino, además, en el desarrollo de la autoconciencia de los egipcios como nación. Fue el comienzo de un proceso que añadió varios miles de años a lo que los egipcios sabían de su propia historia y que fue seguido rápidamente por varios acontecimientos: la publicación de muchos libros, las primeras traducciones de obras entonces originales, el desarrollo de la egiptología entre los egipcios mismos y la enseñanza de una nueva clase de historia en las escuelas.

Ello marcó, además, el comienzo de lo que ha venido a convertirse en una continua tensión entre las dos personalidades egipcias: una árabe islámica, de cultura árabe y cuya historia es la del Islam; otra egipcia y, por así decirlo, faraónica, que se define a sí misma en términos no religiosos y comunales sino nacionales y patrióticos. Fue un tipo nuevo y diferente de lealtad, basado en un sentido nuevo de identidad.

Obviamente esta dicotomía tuvo implicaciones políticas considerables. Una identidad condujo a Egipto en dirección de las causas panárabes y aun panislámicas; la otra, hacia un patriotismo al estilo occidental, basado en el territorio. La última es llamada con frecuencia egipcianismo o, por la gente de los otros países árabes, faraonismo, palabra que se emplea con una intención hostil. En árabe es *tafar'un*, lo que literalmente significa aquello que se las da de faraónico.

Este movimiento en Egipto recibió primero la oposición, la condena y hasta el escarnio en otros países de lengua árabe. Fue visto como algo artificial, como un intento autoritario de crear un pequeño Egipto dentro de la gran hermandad árabe o islámica. Fue denunciado por los panárabes como separatista, por la población religiosa como neopagano y por unos y otros como divisionista. A pesar de lo cual, el ejemplo

de Egipto tuvó influencia en otras tierras del Medio Oriente. Egipto fue con mucho el país más avanzado intelectualmente en el mundo árabe, con una influencia considerable no sólo entre los árabes sino en donde quiera que el árabe era leído, lo que en esa época quería decir prácticamente todo el mundo hispánico. En otros pueblos se desarrollaron movimientos paralelos, con frecuencia nuevamente con matices políticos y hasta territoriales significativos.

Una recuperación y una reposición semejantes del pasado ocurrieron en Irak, aunque menos intensamente y más tarde que en Egipto. Los iraquíes podían reclamar también unos antepasados antiguos y gloriosos: los sumerios, los asirios, los babilonios, que dejaron también construcciones enormes e imponentes. Pero el desarrollo de esta clase de arqueología nacional fue, por varias razones, más lenta y tardía en Irak que en Egipto. Y cuando los iraquíes reivindicaron a los asirios y babilonios como antepasados y predecesores gloriosos, les otorgaron una especie de naturalización árabe retroactiva póstuma, y hablan de sus antepasados como antiguos árabes más que de ellos como asirios babilonios modernos. La antigua lengua asiria y babilonia, aunque no el árabe, y a diferencia del egipcio, es de la familia semítica, y esta afinidad ayudó a aliviar el choque de identidades e historias nacionales, aunque no las eliminó del todo.

En años recientes, y sobre todo bajo el impacto de la guerra con la república islámica de Irán, la evocación de la antigüedad ha venido a ser más común y más urgente. Irak es un país profundamente dividido. En lo religioso, una familia sunita gobierna a una mayoría chiita, y los chiitas, aunque árabes, comparten la fe de los persas. En lo étnico, una mayoría árabe domina a una minoría kurda —y la lengua kurda no pertenece ni a la familia semítica ni a la árabe, pero está relacionada con el persa como el portugués lo está con el español. El concepto de una antigua nación iraquí, definida territorialmente, con raíces que se remontan a la lejana antigüedad, podría ser una poderosa fuerza unificadora y no es sorprendente que los líderes iraquíes hayan recurrido a él con frecuencia. El presidente Saddam Hussein se ha referido con frecuencia a Nabuconodosor como un héroe iraquí, ensalzando sobre todo su manejo expedito del problema sionista de sus días.

El redescubrimiento ocurrió todavía más tarde en Irán, cuando los intelectuales del país leyeron los estudios y las investigaciones europeas y comenzaron a darse cuenta de que ellos tenían también un pasado antiguo y glorioso al que podrían recurrir. En Irán, como en Egipto, el pasado antiguo había sido olvidado y en mucha mayor medida obliterado. En Persépolis, antigua capital persa, los conquistadores musulmanes habían borrado los rostros de los medos y los persas retratados en los frisos, pues los veían como una expresión de la idolatría pagana. Sólo la historia más reciente, la de los chas sasanidas que gobernaron Irán en vísperas de la conquista árabe, era realidad conocida, y eso sólo en forma esquemática y con fuentes árabes. La historia más antigua de Irak fue olvidada y hasta el nombre de Ciro era desconocido.

Los primeros documentos iranios modernos sobre el antiguo Irán aparecieron en el tercer cuarto del siglo XIX. Eran todavía de una escala más bien pequeña y estaban basados enteramente en fuentes occidentales, sobre todo francesas. Ciro, el fundador del estado persa, no se volvió un héroe popular hasta nuestro siglo, cuando llegó a ser conocido a través de dos novelas históricas en las que aparecía como un héroe, una publicada en 1919 y la otra en 1921. El culto de la antigüedad en Irán llegó a su punto más alto bajo la dinastía pahlevi, que gobernó de 1925 a 1979. La información sobre la antigüedad usada por los historiadores y novelistas iranios modernos fue durante mucho tiempo exclusivamente la que provenía de fuentes occidentales —es decir, en último término, de los griegos y la Biblia. A fines del siglo XIX y principios del XX, las historias de Irán comenzaban a incluir los imperios antiguos y a partir, por vez primera, de las mitologías heróicas que hasta entonces habían ofrecido los únicos documentos del Irán antiguo asequibles en lengua persa.

El caso de Irán es en cierto modo paradójico. El descubrimiento de la antigüedad ocurrió en ese país un poco después que en Irak y Siria y mucho más tarde que en Egipto. Fue el último de los grandes países musulmanes del Medio Oriente que recuperó su memoria de la antigüedad. Y sin embargo fue el primero, tras el advenimiento del Islam, que recuperó algún sentimiento de identidad luego del impacto de las conquistas árabes. De todos los países del suroeste de Asia y el norte de África conquistados e islamizados por los árabes en los siglos VII y VIII, sólo Irán mantuvo su lengua. Al occidente de Irán, desde Irak hasta el Atlántico, las viejas lenguas fueron suplantadas por el árabe. El arameo que se hablaba en Irak y Siria, el copto que se hablaba en Egipto, el griego y el latín que habían sido lenguas de cultura y gobierno en todas las anteriores provincias romanas y bizantinas, se desvanecieron enteramente o bien sobrevivieron como lenguas rituales de pequeñas minorías religiosas. Los iranios no perdieron su lengua. Aunque adoptaron el árabe como lengua de la religión y las leyes, de la cultura y la ciencia, y contribuyeron enormente a la cultura árabe, no se volvieron hablantes del árabe; tampoco se volvieron árabes, como finalmente les ocurrió a todos los otros al occidente de ellos en la Creciente Fértil y en el norte de África. Mantuvieron su lengua y su identidad, aunque en una forma diferente. El cambio del persa zorastriano al islámico ofrece paralelos interesantes con la transición del anglosajón al inglés medio luego de la conquista normanda de Inglaterra. Ahora bien, el persa se escribía en la escritura árabe, no en la vieja escritura pahlevi, que había sido conservada sólo por los zoroastrianos. Soportó además grandes cambios gramaticales y aun mayores léxicos. Su gramática, como la anglosajona, se quebró y se simplificó bajo la presión de los conquistadores que hablaban otra lengua. Su vocabulario intelectual y espiritual fue casi enteramente árabe, como el vocabulario francés y clásico de la Inglaterra posterior a la conquista. Pero seguía siendo persa. No es árabe y no perteneció nunca a la misma familia de lenguas del árabe.

No es difícil ver las razones por las que los persas, aunque hayan adoptado el Islam con un entusiasmo tan grande como el de cualquier otro pueblo musulmán, no adoptaron de ningún modo una identidad árabe. Los árabes conquistaron Irán no de otro gobernante extranjero sino de un gran imperio iranio, el de los chas sasanidas. Y, a diferencia de sus vecinos del occidente, los iranios estaban sostenidos todavía por recuerdos frescos y recientes de independencia y grandeza. Los países al occidente de Irán —Irak, Siria, Palestina, Egipto y el norte de África— eran todos provincias de imperios distantes subyugadas durante largo tiempo y que habían soportado muchos cambios de gobierno, leyes, religión, cultura

y hasta lengua. El proceso de erradicación del pasado antiguo estaba ya muy avanzado cuando llegaron los árabes.

Nada de ello había ocurrido en Irán y no era sorprendente por lo tanto que, luego de uno o dos siglos de gobierno árabe musulmán, hubiera un despertar cultural, un renacimiento de la lengua persa y el surgimiento de una nueva cultura nacional persa, hondamente influida por el árabe e inbuida del espíritu del Islam y, sin embargo, inconfundiblemente persa y diferente del Islam árabe en varios aspectos importantes. En la literatura persa de la época, y hasta en la literatura árabe escrita por persas, hay una conciencia de la diferencia, un sentimiento de identidad histórica y cultural. Los poetas persas hablan con orgullo de su doble herencia, de la religión de Mahoma y la gloria de Cosroes, de los ahora ya míticos héroes del Irán antiguo. Fue un proceso que no tuvo paralelo en ninguna parte en el mundo islámico del Medio Oriente y del norte de África, hasta la llegada de los turcos.

Hace poco, discutiendo los problemas de la identidad nacional del mundo islámico clásico, un escritor hacía notar que "en el Islam Medieval Egipto no fue ni un país ni una nación, solamente un lugar". Es quizá una exageración, que carga las tintas más de lo debido. Pero contiene una parte importante de verdad en lo que toca a Egipto y, más todavía, a otros países. No era cierto en el caso de Irán, que fue siempre considerablemente más que un lugar. Irán puede no haber sido una entidad política coherente como Egipto, y menos todavía una nación o un país en el sentido moderno de la palabra, pero era ciertamente una noción, un concepto. Había el sentimiento de una entidad llamada Irán, concebida en términos no políticos sino culturales, y una conciencia que se expresaba sobre todo en la lengua y especialmente en la poesía. El orgullo de los persas por su propia lengua y sus propias tradiciones literarias es familiar a cualquiera que haya tenido relación con ellos. Se expresa sobre todo en la gran poesía épica persa, es decir en los nobles y heróicos hechos del antiguo Irán. No tienen nada que ver con la historia del antiguo Irán, que en aquella época ya se había olvidado. Los hechos grandiosos que se cuentan en el *Shabnama*, el famoso libro persa de los reyes, provienen de una historia mítica, no de una historia real.

Algunos han visto en el chiísmo una forma de la autoexpresión nacional persa, incluso una rebelión persa en contra del arabismo suni. Este parecer, popular en una época en que las teorías raciales tenían todavía influencia en el pensamiento político occidental, resulta muy traído de los cabellos y es insostenible. Durante muchos siglos después del advenimiento del Islam, el chiísmo no tuvo una denominación étnica ni territorial. Fue llevado al Irán, como el Islam mismo, por los árabes y parecería que la mayor parte de los musulmanes persas eran sunis leales. Pero del siglo XVI en adelante, el chiísmo se convirtió en la religión de estado de Irán, que era además el único estado chiíta de importancia en el mundo islámico. Y además de ser el único estado chiíta militante, Irán estaba rodeado por estados suní —el imperio otomano en el oeste, los estados suní de Asia Central y la India en el este— y era inevitable por lo tanto que hubiera una interpenetración entre la religión chiíta y la autoconciencia cultural y política de Irán. Las fronteras de Irán eran también las fronteras del poder político chiíta y las guerras entre los chas de Irán y sus vecinos tenían con frecuencia un motivo religioso, o por lo menos sectario.

El caso turco es muy diferente del de otros pueblos de la región. Los turcos llegaron al Medio Oriente desde el Asia Central, donde ya habían abrazado la religión islámica, y su conquista y colonización del país que llegaría a ser conocido como Turquía databa apenas del siglo XI. Hasta su llegada, el país era predominantemente griego por su lengua y su cultura y cristiano por su religión, y cualquier intento de identificarlos con ellos, en la era del autorredescubrimiento arqueológico, era obviamente imposible. De modo que los turcos miraron más allá de las colonias griegas del Asia Menor, hacia los antiguos habitantes de la península, y se vieron a sí mismos como sucesores de los antiguos pueblos de la Anatolia, sobre todo los hititas. Los árabes palestinos se enfrentaron al mismo problema en forma más aguda. Si los judíos hubieran desaparecido como la mayor parte de los pueblos de la antigüedad, los palestinos podrían haberse proclamado herederos del antiguo Israel, como los egipcios lo eran de los faraones y los iraquíes de los reyes de Babilonia. Pero no sólo los judíos no habían desaparecido sino que estaban volviendo, por lo que los palestinos buscaron su legitimidad en los habitantes de Palestina anteriores a los israelitas: los cananitas. En Siria, la sobreviviencia de la cristiandad aramea presentó el mismo problema en una forma mucho más atenuada. En cierto momento la cultura aramea estuvo asociada con la minoría cristiana y hasta con el ala cristiana del Partido Popular Sirio, a tal grado que cualquier referencia a la cultura aramea era vista como un acto político sedicioso. Esa fase parece haber pasado y los arameos son ahora aceptados como legítimos antepasados de la Siria moderna.

En Líbano hubo durante cierto tiempo una tendencia entre ciertos libaneses, con la oposición vehemente de otros libaneses, a identificarse con los antiguos fenicios que habían vivido en esa franja de la costa de Levante. Este parecer se encontraba principalmente entre los cristianos, sobre todo entre los cristianos maronitas prooccidentales, que veían en él una manera de diferenciarse de sus vecinos árabes e islámicos. En la actualidad cuenta con muy poco apoyo. Los colonizadores fenicios del norte de África, como sea, fundadores de la ciudad y la civilización de Cartago, habían sido adoptados lo mismo como árabes que como antepasados en Tunicia y en alguna medida en Argelia. Estos argumentos de ninguna manera se ven obstaculizados por el hecho de que las lenguas cartaginesa, fenicia y cananita pertenezcan al mismo subgrupo del semítico que el hebreo.

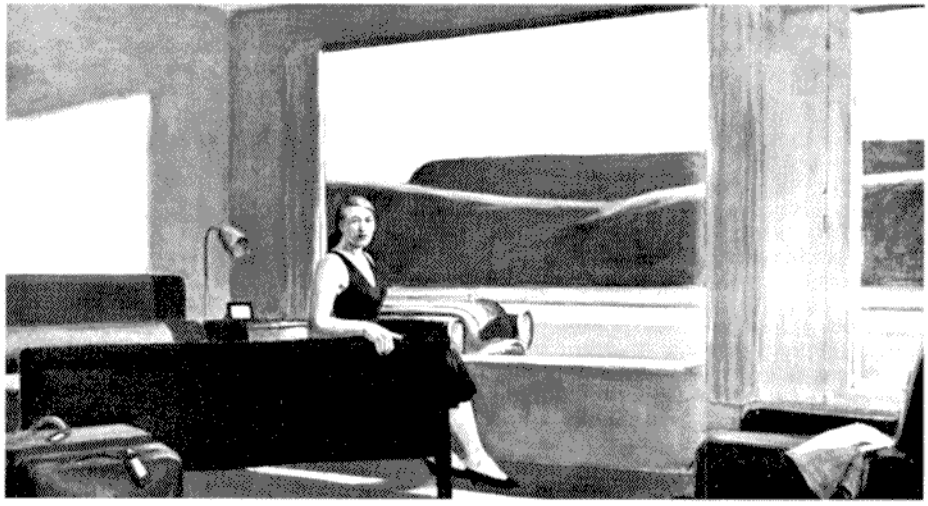
## V

Durante la mayor parte de los últimos catorce siglos, la identidad y la lealtad en el Medio Oriente han estado determinadas por la religión, no por el país, no por el lenguaje, no por el origen étnico, sino por la pertenencia a la comunidad religioso – política del Islam. El intento, durante los últimos cien años, de introducir nuevas lealtades políticas basadas en conceptos como el patriotismo y el nacionalismo se ha debido en muy gran medida a la labor de las ideas extranjeras, principalmente europeas, que son ahora denunciadas y rechazadas como tales por aquellos que buscan un retorno a lo que consideran los valores islámicos auténticos. El intento de volver a una identidad política islámica o, como a veces la llaman los occidentales, panislámica no era nuevo. Había

sido alentada en el siglo pasado por una serie de gobernantes musulmanes, entre ellos los otomanos gobernados lo mismo por los viejos que por los nuevos turcos, y los reyes de Egipto y Arabia. Todas estas campañas de panislamismo dirigidas por el Estado fallaron, sin duda porque eran vistas, no sin justificación, como intentos de sacar provecho de los sentimientos islámicos en favor de los propósitos de uno u otro estado islámico. Había también un panislamismo más popular y más radical, que obtuvo un apoyo mucho más grande. Pero también este era con frecuencia patrocinado por estados más radicales y era visto como un apoyo a los propósitos del Estado, quizá sin y aun contra el deseo de los participantes. Cuando las ideas nacionalistas de tipo europeo aparecieron por vez primera en el Medio Oriente islámico, hubo quienes las denunciaron como divisionistas e irreligiosas. Hoy, después de un largo periodo durante el cual las ideologías nacionalistas han gobernado indisputadas, la misma crítica vuelve a oírse. En un libro reciente de Abd al - Fattah Mazlum, titulado *La sedición del nacionalismo en el mundo islámico*, se arguye que el nacionalismo, que es lo mismo que el racismo, fue introducido en el mundo islámico por "infieles arrogantes", principalmente judíos, para dividir a los musulmanes y enfrentarlos entre sí.

Pero incluso quienes se oponen al nacionalismo y lo rechazan parecen incapaces de escapar de sus garras. El poeta turco Mehmet Akif, hombre profundamente religioso y crítico amargo del nacionalismo étnico, se autoexilió cuando la república turca fue proclamada, pero uno de sus poemas fue adoptado como himno nacional turco. Jomeini ha proclamado más de una vez que no hay fronteras en el Islam —pero el gobierno de su república islámica se ha negado a devolver tres islas árabes del Golfo de las que el cha se había apoderado, y la constitución de la república islámica asienta que el presidente debe ser iranio de origen y de nacimiento. No se trata de una formalidad, ya que un candidato iranio de nacimiento y de familia afgana fue eliminado por serlo. Estos requisitos son más rigurosos que los de la constitución de los Estados Unidos, para la que basta con ser norteamericano de nacimiento para poder ocupar la presidencia.

La guerra entre Irak e Irán ha demostrado en una forma interesante la insuficiencia de las denominaciones étnicas lo mismo que de las sectareas. Cuando los iraquíes invadieron Irán, esperaban que la gran población árabe de la provincia iraní de Jusistan los apoyaría. No lo hizo, sino que siguió siendo fiel a la lealtad iraní. A su vez, los iranios esperaron que la gran población chiíta de Irak se uniera a la causa de la República Islámica Chiíta. Hubo sin duda algunos que lo hicieron, pero la gran mayoría de los chiítas siguieron siendo leales a su país. En todo el Medio Oriente, no sólo en las viejas naciones como Irán y Egipto, sino incluso en algunas de las más nuevas y artificiales, el Estado —el foco de intereses y lealtades interrelacionadas e interactivas en el centro de un poder coercitivo— se está volviendo nuevamente el foco primario de la lealtad política y la identidad. Como Sudamérica, que se le parece de muchas maneras, el mundo árabe consiste en un gran número de estados independientes. Tienen mucho en común, en la lengua y la cultura, la religión y la sociedad, la historia y el destino. Como en Sudamérica, hubo un momento, tras el desmoramiento de los imperios, en que podrían haber forjado una mayor unidad. No lo hicieron, y se pasó el momento. En la lengua y la cultura, el desarrollo de la escritura y el establecimiento de las comunicaciones les brindará desde luego una mayor unidad. En cuanto a la política, parecería que su destino es una comunidad de estados políticos independientes, que se están volviendo naciones. Las líneas que los soldados y administradores coloniales y los diplomáticos imperiales trazaron en el mapa del Medio Oriente y el norte de África se han endurecido y su capacidad de encerrar y de dividir durará al parecer en los tiempos por venir.



*Western Motel*. Óleo, 1957